

Contrapunto de sociabilidades en una sociedad transicional a través de las colecciones del Museo Regional de Atacama: Copiapó, 1840-1900.

Milton Godoy Orellana*

RESUMEN: El siguiente artículo analiza la sociabilidad del mundo popular y de las élites de la ciudad de Copiapó en el siglo XIX a través de objetos de orígenes diversos contenidos en dos salas del Museo Regional de Atacama. Más allá de describirlos como retazos de una realidad trunca, el texto se basa en su lectura como componentes del *modus vivendi* de ambas clases sociales durante el apogeo económico de la región. Efecto inmediato del trabajo minero cuproargentífero y aurífero –y hasta la caída de la producción minera, que provocó un importante despoblamiento de la región–, dicho auge trajo consigo el progreso de la zona y el desarrollo sin precedentes de la ciudad de Copiapó.

PALABRAS CLAVE: Copiapó, élites mineras, mundo popular, migración

ABSTRACT: The article analyzes the sociability of the popular world and the elites of the city of Copiapó during the 19th century through two exhibition halls of the Regional Museum of Atacama. Beyond a description of the objects that these museum rooms contain, lies the idea of reading the set of objects, with diverse origins, not as pieces of a truncated reality, but as components of a *modus vivendi*, which allows to characterize the sociabilities of both social classes. The context of this process was the economic apogee of the region, as an immediate effect of the copper and gold mining work, triggering the progress of the region and an unprecedented urban development of the city of Copiapó, until mining faced the fall in production and with it an important depopulation of the region.

KEYWORDS: Copiapó, mining elites, popular world, migration

* Doctor en Historia por la Universidad de Chile, postdoctorado en el Centre de Recherche Historiques de l'Ouest (CNRS UMR 6258). Es investigador responsable del proyecto Fondecyt N.º 1170738 (2017-2019). Ha sido profesor invitado en la Chaire des Amériques del Institut des Amériques en la Universidad de Rennes (2013) y en el Institute des Hautes Etudes de L'Amérique Latine, Universidad de La Sorbona, Paris III (2015).

Cómo citar este artículo (APA)

Godoy, M. (2019). *Contrapunto de sociabilidades en una sociedad transicional a través de las colecciones del Museo Regional de Atacama: Copiapó, 1840-1900*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

En el salón central de la casa Matta, construida durante la década de los '30 del siglo XIX, un decimonónico reloj Depose Brevete fabricado en París está detenido a las 10:49 horas. La valiosa pieza pertenece al Museo Regional de Atacama y es mudo testigo de la otrora grandiosa opulencia de las fortunas amasadas en los negocios mineros del fértil valle de San Francisco de la Selva de Copiapó.

Desde los descubrimientos de plata en las minas de Agua Amarga (1811), Arqueros (1825), Chañarillo (1832) y Tres Puntas (1848) –y más tarde, Caracoles (1871) y Cachinal de la Sierra (1882) en el desierto de Atacama–, los trabajos mineros se acrecentaron y proliferaron los cateos en busca de nuevas vetas. Paralelamente, se multiplicó la producción de cobre proveniente de una gran cantidad de pequeñas explotaciones ya fuera dispersas o, como las minas de Carrizal, de gran envergadura.

Esta producción generó gran riqueza entre algunas familias de la región, que contrastaba severamente con la pobreza de miles de trabajadores. Como escribió un articulista en un periódico local en 1855, «no hay término medio, porque hay muy pobres o muy ricos; y este es uno de los inconvenientes de nuestro pueblo para que pueda marchar con la misma regularidad que otros» (*El Eco del Norte*, 24 de septiembre de 1855).

Las explotaciones de plata, cobre y oro convirtieron a Copiapó en una «nueva California». Los ingentes recursos económicos aportados por el denominado «ciclo cuproargentífero» desplazaron hasta la región a trabajadores del centro y el sur del país, movidos por el sueño de un hallazgo que revirtiera el sino de la pobreza. Solos o con familia, hasta allí arribaron cientos de ellos en busca de nuevas oportunidades laborales.

Este intempestivo aumento poblacional originó un mercado abundante en ofertas destinadas a la supervivencia, el abastecimiento y el lujo entre los nuevos ricos. La ciudad se amplió con habitantes recién llegados y nutridas tiendas. Se configuró una élite regional afrancesada que gozó del acceso a los más refinados productos de los centros comerciales europeos, en los cuales se marcaba la moda de la época.

En las antípodas sociales y económicas de la élite copiapina, miles de mineros y sus familias habitaban la periferia de la ciudad –los arrabales– y las placillas; poblados incipientes, de ocupación mayoritariamente espontánea y con habitaciones precarias.

Sustentado en las colecciones del Museo Regional de Atacama, este trabajo analiza la realidad social de Copiapó desde la perspectiva de la configuración de una base económica a partir de la minería de oro, cobre y plata; en especial, las explotaciones de este último mineral dieron a la región una sustancial

riqueza, asentando fortunas familiares como las anteriormente señaladas, que consolidaron su posición socioeconómica tanto en dicho sector productivo como en el comercio destinado a su abastecimiento.

Para el efecto se trabajó sobre la base de dos salas de exposición del Museo, buscando un contrapunto entre la realidad social y económica de las élites, y la de los sectores populares; mundos separados y marcados por sociabilidades contrapuestas pese a compartir el escenario urbano y aun a superponerse y mezclarse en ocasiones como el carnaval y las fiestas religiosas o patrias. Además de los archivos histórico y fotográfico, la colección de periódicos y la biblioteca patrimonial del Museo¹, las fuentes utilizadas en este trabajo son objetos ubicados principalmente en las mencionadas salas y que, desde el momento de su selección, reflejan las desigualdades que marcaron su época, en una propuesta museográfica que intenta reconstruir el *modus vivendi* del período. Más allá de su belleza, y no obstante ser dispersas, pertenecientes a múltiples dueños y unidas solo por un tema, estas piezas dan luces sobre la vida cotidiana, los trabajos y el mundo festivo de los hombres y mujeres que impulsaron la economía regional y los cambios de la sociedad en que vivieron.

La ciudad y sus transformaciones

Francisco Cortés y Cartabio fundó en 1744 el asentamiento de San Francisco de La Selva por mandato de José Antonio Manso de Velasco, quien ordenó en agosto de aquel año «que reconocido el terreno y las tierras necesarias para fundación, funde y erija en este valle una villa» (*Acta de fundación de Copiapó*, 8 de diciembre de 1744). Carlos María Sayago (1874) escribió que el pueblo de Copiapó tenía «una existencia miserable» durante la ocupación hispana y el establecimiento de sus primeros habitantes, y que su incipiente expansión económica se debió al descubrimiento de las minas de oro de Las Ánimas, Santo Domingo y Jesús María en el siglo XVIII. El hallazgo provocó el arribo de mineros y comerciantes, con lo cual la localidad dejó atrás su imagen de «miserable aldehuela» (Sayago, 1874, p. 295).

El auge minero dieciochesco contribuyó a aumentar la población en un conjunto de localidades de la región, que se extendía al norte del río Aconcagua hasta Copiapó y parte del sector meridional del desierto de Atacama.

¹ Enriquecida con donaciones locales, esta biblioteca tuvo como base y principal medio de difusión la del Liceo de Copiapó, «de varios miles de volúmenes». En la segunda mitad del siglo XIX fue objeto de una importante inversión gestionada por el intendente Guillermo Matta, quien durante su período (1875-1871) aportó recursos para modernizarla «en vastas proporciones» (Galdames, 1937, pp. 38-39).

Los recién llegados instalaron sus trapiches en la ribera del aquel cauce, desempeñándose como peones de minas o iniciando actividades comerciales para proveer de alimentos a las faenas –impactando con ello la demanda de productos agrícolas, lo que activó a su vez la vida del valle–. Vestigio de este impulso a la actividad minera son las numerosas soleras y voladoras labradas en granito, que constituían la base de la tecnología usada en los trapiches y que se complementaban con maderas, cueros y fierro.

Los documentos visuales del archivo del Museo Regional de Atacama muestran el cansino ritmo colonial que mantenía Copiapó al despuntar el siglo XIX y que tendió a difuminarse en los años que siguieron. Estos cambios tuvieron como escenario el Norte Chico y Copiapó en particular, como capital de la provincia de Atacama².

Un grabado incluido por Rodolfo Amando Philippi (1860) en su libro acerca de su viaje a Atacama muestra la esquina de las actuales calles O’Higgins y Colipí, presentando un trazado urbano de construcciones bajas, con rasante uniforme, fachada continua y la iglesia como el edificio de mayores proporciones (fig. 1). Entre una decena de habitantes se observa una vendedora y su «casera», niños jugando y la dupla característica de la región: un arriero sobre una mula, con sus burros cargados de vituallas –probablemente un minero que enrumbaba hacia sus labores–, y un representante de la élite local que monta un vigoroso caballo y viste elegantes calzas blancas, levita y sombrero negro, propios de su rango social.

La imagen retrata la cotidianeidad del espacio ciudadano, con el pausado ritmo de sus arterias desiertas en torno a una plaza central –nombre pretencioso para un sitio circundado por callejones de tierra–. Según el censo de 1803, en efecto, los escasos pobladores sumaban 3744 en el distrito principal de la Villa y Chimba, mientras que los nueve distritos que componían la provincia totalizaban 8705 personas –equivalente a un 29% de los habitantes de la vecina provincia de Coquimbo, que albergaba a 29 120 individuos en la misma época–.

Las inexactas estadísticas del período indican que la población se distribuía en un hábitat disperso y rural, con pequeñas unidades y unos cuantos villorrios que no alcanzaban a ser centros urbanos. Era el caso del lejano Paposo en el despoblado de Atacama, a más de 350 km, habitado por grupos de indios dedicados a la pesca y el comercio del congrio, quienes, según Rafael Andreu y Guerrero (1803), subsistían en el «desamparo, y demás consecuente

² Creada mediante una ley del 31 de octubre de 1843 con los departamentos de Copiapó, Freirina y Vallenar, antes integrados a la provincia de Coquimbo.

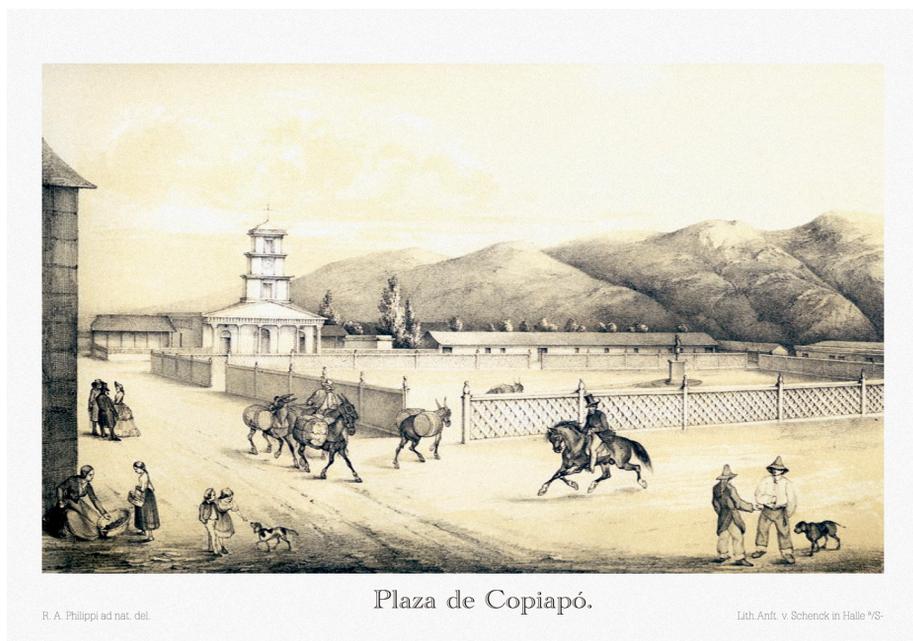


Figura 1. Plaza de Armas de Copiapó hacia 1860. En Philippi, R. (1860). *Viaje al desierto de Atacama: hecho de orden del Gobierno de Chile en el verano 1853-54*. Halle: Librería de Eduardo Anton. Colección Museo Regional de Atacama.

miseria, viviendo en una choza, cubierto de inmundicia, y alimentándose de pescado y mariscos asados y cocidos con agua y sal, sin pan ni otro ningún agregado». De hecho, hasta la fundación del puerto de Taltal en 1877 —después de establecidos Copiapó y Chañaral—, no había otra ciudad que marcara la presencia estatal chilena en el sector meridional del desierto de Atacama.

En este contexto, el trabajo principal a inicios del siglo XIX era el de jornalero, una condición laboral carente de especificidad y marcada por el pago del jornal «por un día entero en su trabajo» (RAE, 1803, s. *jornal*). En esta situación estaba un 31,3 % de los 3438 trabajadores, a quienes se sumaban un 33,6 % de artesanos, un 13,1 % de labradores e inquilinos, y un 7,5 % de peones y sirvientes de minas, más un 5,8 % de criados libres, un 4,7 % de esclavos y un 3,1 % de hacendados y propietarios rústicos; el 1 % restante estaba constituido por milicianos, clérigos, sacerdotes y profesores (Archivo Nacional, 1953, p. XI).

Durante las primeras décadas del siglo se iniciaron las explotaciones en Agua Amarga y Arqueros. Más tarde, en 1832, el cateador Juan Godoy dio con la rica mina de Chañarcillo, que constituyó un hito en el progreso de

la región. La racha de expansión se consolidó con el descubrimiento de Tres Puntas en 1848, desarrollándose paralelamente la producción de cobre, que convirtió a la zona en la principal productora y exportadora de dicho mineral en el mundo. Se inició así una avalancha de trabajadores, aventureros y comerciantes que se avecindaba en busca del derrotero o la veta que les diera la soñada riqueza.

El proceso de modernización de Copiapó se aceleró el jueves 25 de diciembre de 1850, con la llegada del ferrocarril, que había avanzado paulatinamente desde el recién creado puerto de Caldera³ hasta la estación del sector poniente de la ciudad, para detenerse finalmente en Chañarillo (fig. 2). El trazado de la vía se convirtió en la columna vertebral del movimiento económico de la región, adquiriendo vital importancia en el flujo de mercaderías hacia Copiapó y el interior, de minerales a los mercados internacionales y de vinos y carne para el consumo diario desde el valle fértil.

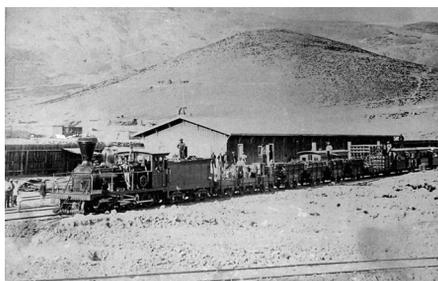


Figura 2. Ferrocarril en Chañarillo, c. 1850. Colección Museo Regional de Atacama.

La complejidad social que adquirió la ciudad, el puerto y su *hinterland* llevó a que sus habitantes se sintiesen a la vanguardia del progreso del país. «En ilustración, en gusto, en buen sentido; sin modestia, Copiapó se encuentra a la vanguardia de la República», afirma un articulista de la época. Para él, «la razón es sencilla» y radica a su juicio en el componente social, donde la «sociedad indígena, es reducida, casi insignificante. La población en sus siete octavas partes es compuesta de extranjeros de todas partes del mundo. La California del Sud. Una sociedad tolerante, despreocupada, liberal, progresista, cuyas ideas no quedan atrás de la civilización europea, i cuyas tendencias van aún más adelante» (*El Pueblo*, 12 de febrero de 1851).

Durante ese período, la ciudad se expandió en la ribera norte del río siguiendo el eje este-oeste (fig. 3). El mejoramiento urbano se expresó en calles macadamizadas, paseos públicos donde se instalaron estatuas y piletas de agua, y plazoletas como las de Juan Godoy, San Francisco, la Merced, Teatro y Buen Retiro. La vida cotidiana de la villa se centró en la plaza central, que continuó siendo el núcleo de la vida citadina en décadas posteriores (fig. 4)

³ Creado mediante decreto supremo de septiembre del mismo año.

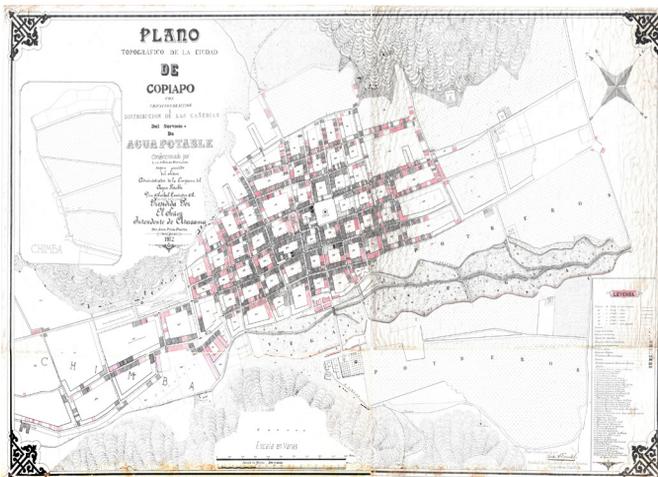


Figura 3. Luis Gómez. *Plano topográfico de Copiapó*, 1912. Colección Museo Regional de Atacama.

y que hacia 1870 encerraba en su centro «un jardín de hermosas flores, cuyo ambiente hace la delicia de los paseantes en las frescas tardes veraniegas. Una espaciosa avenida sombreada por frondosos pimientos la circunda por sus cuatro costados» (Tornero, 1872).

La expansión económica se expresó asimismo en el crecimiento poblacional en la provincia de Atacama, destacado por la prensa en 1852: «La situación de nuestra provincia sigue siendo siempre próspera y nada hay por ahora que pueda turbar su marcha: su población aumenta con una rapidez nada común a los otros pueblos de Chile, y a excepción de California, no se encontrará otro igual en todo la América del Sur que recibe más inmigración» (*El Pueblo*, 8 de septiembre de 1852).



Figura 4. Carlos Brandt. Plaza de Copiapó hacia 1900. Colección Museo Regional de Atacama.

Este movimiento en los departamentos de Copiapó, Vallenar, Freirina y Caldera se tradujo en un aumento del 55,8% del número de habitantes, desde las 50 690 personas en el censo de 1854 a 78 972 en el de 1865. En este mismo lapso, la población se concentró en Copiapó, aumentando en un 55,8% los pobladores de dicho departamento, que en 1865

tenía 39751 habitantes, representando el 50,3% de la población total de la provincia de Atacama (*Censo general de 1865*, 1866, p. 291). La ciudad «no hace muchos años era una villa de escasa población, relegada en un extremo de la República para servir de asilo a los pocos mineros que explotaban sus alrededores; pero desde 1851 cambió totalmente su aspecto, sucediendo a su antigua pobreza, edificios elegantes, teatro, paseos, cañerías de gas y un ferrocarril», señalaban los redactores del mencionado registro censal (*Censo general de 1865*, 1866, p. 292).

Sin embargo, no todo fue riqueza, pues el descubrimiento de algunos yacimientos importantes con rápido broceo dejó a sus dueños en peores condiciones. Fue el caso del manto de los Bolados, que llevaba el apellido de los hermanos que lo hallaron a mediados del siglo XIX y que, «deslumbrados por tanta prosperidad» –según Louis Simonin (1869)–, «solo pensaron en disfrutarla, y mientras botaban el dinero a manos llenas en Copiapó, que en esta época era una pequeña villa; mientras se olvidaban en el juego, su mina se agotó de repente» (p. 420); no pensaron en las vueltas del destino y quedaron más empobrecidos una vez agotada la veta, perdiendo hasta sus burros.

Como escribió certeramente Charles Darwin en junio de 1835, en Copiapó «todo el mundo parece tener por único objeto ganar dinero y marcharse lo más pronto posible» (Darwin, 2009, p. 157). La historia demográfica en el transcurso del siglo convirtió esta opinión en una sentencia, pues la población disminuyó inmediatamente al agotarse o perder importancia los antiguos y poderosos veneros. En efecto, los yacimientos de minerales cupríferos de alta concentración –más importantes a la sazón que los de plata– comenzaron a agotarse en la década de 1870, lo que, junto con la incapacidad de renovación tecnológica, impactó negativamente en la producción y capacidad competitiva del rubro (Godoy, 2017, p. 54). Con ello, un numeroso contingente poblacional se internó en el desierto en busca de nuevas vetas, iniciando la prospección de las tierras del llamado «despoblado de Atacama». El fortuito hallazgo de nitrato provocó la instalación de las primeras oficinas salitreras chilenas, que alcanzaron un rápido auge minado solo por la aplicación del impuesto al salitre de 1881 (Godoy, 2018). Estos problemas se vieron agravados por la «gran crisis decimonónica» de 1873, que marcó el inicio del derrumbe de la economía regional sustentada por la producción minera.

La situación se hizo notar de inmediato en el censo de 1875, que evidenció la disminución del número de habitantes. Sus redactores resaltaron que la ciudad «en otro tiempo alcanzó mayor importancia que en el día» pues la decadencia de los trabajos mineros «ha puesto obstáculos a su desarrollo»; indicaron además que era este el principal motivo de los «fatales resultados en

el incremento de la población» de la provincia, cuya caída había provocado «una abundante emigración a las regiones vecinas, en donde han alcanzado gran ensanche aquellos trabajos» (*Censo general de 1875*, 1876, p. 563). El registro estableció que los migrantes eran hombres en su mayoría y arrojó una disminución de un 9,5 % de la población total, con 71 498 habitantes, un 44,6 % de los cuales se ubicaban en Copiapó.

El descenso demográfico fue una tendencia irreversible en el siglo XIX, con una nueva reducción poblacional evidenciada en el censo de 1885, que registraba 70 245 habitantes en la provincia, con un 36,1 % de ellos concentrados en Copiapó.

El problema se acrecentaba, pues los censos de 1875 y 1885 muestran similares montos de población, generándose una cifra engañosa que no daba cuenta de la migración intrarregional –en efecto, el puerto de Taltal marcó la expansión efectiva hacia el desierto, asentándose allí 12 433 personas, de las cuales un importante número provenía de Copiapó– (*Censo general de 1885*, 1889).

Otra situación difícil de detectar en el movimiento de los trabajadores de la minería es la migración intercensal, ya sea por un revés en la demanda de minerales o por el broceo o baja de producción de alguna mina importante. «Este año la gente acaudalada ha tenido sus festines, comidas y sus saraos: el pueblo no ha podido hacerse partícipe de esas fiestas porque la miseria está en la última desesperación», destacaba la prensa con ocasión de las fiestas patrias de 1855, señalando que «la emigración sigue un curso rápido y el pueblo empieza a salir de un suelo que no proporciona el sustento cotidiano. Las provincias del sur y la república Argentina están llevando los brazos que tantos caudales ha costado para atraerlos» (*La Voz del Norte*, 24 de septiembre de 1855).

Minería, comercio y el arte del buen vivir

Pese a la disminución productiva y, por ende, demográfica, persistieron explotaciones mineras de importancia, y, aunque no con el esplendor anterior, se consolidaron algunas de las grandes fortunas.

En Copiapó no había una elite tradicional –es decir, con definición aristocrática–, pues la constituida como tal «inicialmente carecía de rango» (Burke, 1996, p. 32); era producto de la riqueza proveniente de la minería, convirtiendo a la ciudad en el lugar, según un articulista de un periódico local, «donde diariamente se improvisan las fortunas i se alzan de la nada las posiciones sociales» (*El Pueblo*, 12 de febrero de 1851).

Explicando el origen de aquella riqueza, el viajero alemán Paul Treutler comentaba su encuentro con dos chilenos en un concurrido hotel. «Reconocí pronto por el color café oscuro de su tez y por sus movimientos y ademanes que, aun cuando estaban vestidos según la moda europea, habían pertenecido a las clases inferiores de la sociedad, y adquirido más tarde la fortuna de que disfrutaban. Así era, en efecto: ambos eran millonarios» (Treutler, 1958, p. 85).

Los lujos y gustos de dicha clase eran «estratégicamente mantenidos con enlaces entre familias adineradas y con alta endogamia» (Godoy, 2009, p. 146). Las relaciones sociales se consolidaban a través de los matrimonios, y el rango se expresaba en la imagen que el nuevo rico proyectaba a sus vecinos pudientes (fig. 5). Conscientes de su poder económico, las clases adineradas de la zona exigían mayor participación política, instalando, más aún, demandas regionalistas e intenciones separatistas⁴ como un signo de los tiempos en el continente latinoamericano. Tales intenciones, sin embargo, no fueron óbice para que la élite se consolidara en la política nacional con representantes en ambas cámaras legislativas, ni para que invirtiese en haciendas del centro del país. Como escribió Benjamín Vicuña Mackenna (1882), «Santiago se cubrió de suntuosas mansiones» gracias a los ingentes recursos de «la fuente milagrosa» en que se había convertido la minería de la región (p. 571).

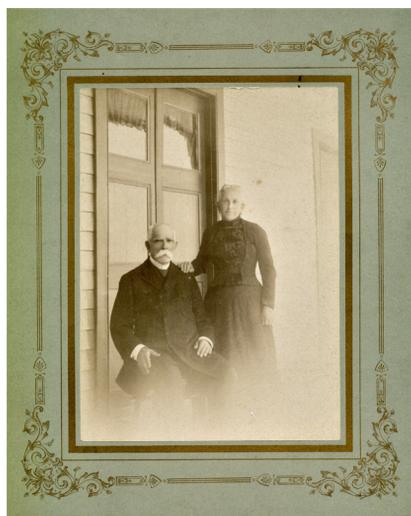


Figura 5. Familia de la élite copiapina, c. 1880. Colección del Museo Regional de Atacama.

Pino Oregón y tabiquería de cañas de Guayaquil

Uno de los primeros elementos que resalta en el análisis de la sociedad copiapina decimonónica y su sociabilidad es el de los elevados gastos que desplegaban los mineros enriquecidos para sus grandes viviendas, algunas de ellas verdaderas mansiones locales. De estas, los ejemplos más destacados

⁴ Estas cuajaron en la revolución de 1859 y se expresaron en una canción nacionalista, una moneda y una bandera propias, aunque fueron irrefrenablemente acalladas durante la batalla de Cerro Grande en las cercanías de La Serena el 29 de abril de 1859.

son las casas Toro Lorca, Maldini-Tortini y de los Matta –ligados a las familias Gallo y Goyenechea de la zona, y a otras tantas de la capital–, donde hoy se emplaza el Museo Regional de Atacama, así como la residencia de Apolinario Soto –propietario de la mina de plata de Tres Puntas–, la más lujosa y elegante.

Los miles de extranjeros que llegaron a la zona interesados en los negocios mineros adquirieron también opulentas viviendas, que construyeron según los patrones arquitectónicos preponderantes, con concepciones estéticas modernas y gustos europeizantes. La mayoría de las edificaciones era de pino Oregón y tabiquería de barro con cañas de Guayaquil, entre ellas la construcción que alberga el actual Museo, fiel representante de las casas con que la élite local solía ostentar la riqueza de sus propietarios. Algunas murallas interiores solían ser enteladas o cubiertas con papel pintado o «de colgadura», en boga en el diseño parietal desde el siglo XVIII y en pleno auge durante la centuria siguiente (Ágreda, 2013, p. 297).

Hacia mediados del siglo XIX, el ya citado Treutler describía su visita a una de aquellas casas:

Todas las piezas estaban cubiertas con las más ricas alfombras, y se encontraban repletas de muebles confeccionados con madera de palisandro; los sofás y las sillas, tapizadas de pesadas sedas, estaban colocados desordenadamente, y había también un piano de cola que había costado 1.500 pesos y un escritorio, con valor de 600. Las ventanas estaban encortinadas con ricas telas adamascadas, y en las paredes se veían *trumeaux* que habían costado mil pesos la pieza y cuadros a l'óleo comprados como legítimos Rafael y Rubens, a elevados precios; relojes de sobremesa, inmensos floreros, vajilla de plata en grandes cantidades, canastos llenos de botellas de champagne, naipes, dados: todo esto pendía, estaba arrimado o amontonado desordenadamente, sin la menor simetría. (Treutler, 1958, p. 86)

Importados gracias al nuevo puerto y al ferrocarril, los sofisticados muebles y ornamentos exhibían los réditos obtenidos en el pingüe negocio de la minería. Así, por ejemplo, el lujoso salón de tertulias de la casa Matta que aún se conserva en el Museo está rodeado de sillas y pequeñas mesas para los asistentes (fig. 6). Salvo los sirvientes, el lugar estaba vetado para quienes no eran considerados como iguales, fuesen chilenos o extranjeros. En el caso de aquellos, el dinero soslayaba los problemas; en el de estos últimos, bastaba con tener acento y estar bien vestido, pues en una sociedad deslumbrada por lo europeo y para la cual el progreso era de los blancos, el habla y el color de la piel se convertían en garantía.



Figura 6. Sala de tertulias de la casa Matta, Museo Regional de Atacama, 2019. Fotografía de Felipe Farah.

Dichas tertulias constituían un espacio de intercambio social y político, y un escenario para iniciar o consolidar un negocio. De ellas, una de las mejores descripciones pertenece a José Joaquín Vallejo (1878), conocido como «Jotabeche», cuya afilada pluma escribió agudos perfiles sociológicos de la realidad que lo circundaba. El cronista logró percibir la transformación del

espacio de reunión «en sociedad» de las clases pudientes copiapinas: «Ya no hay tarimas, ni escaños, ni taburetes. Muebles elegantes han sustituido a esta colección de respetables mamarrachos. Los alfombrados de tripe, sofás y sillas de crin, el mármol y la caoba, los espejos y pianos cubren hoy las piezas de recibo, cuyas paredes tampoco admiten colgaduras de zaraza sino bonitos empapelados» (Vallejo, 1878, p. 241).

Jotabeche explicaba que las tertulias se realizaban «en casa del vecino más condecorado» (p. 73), quien invitaba a sus amigos y a lo más granado de la sociedad para socializar y discutir del último descubrimiento, de un broceo o de política nacional al calor de un vaso de *punch* (que los sectores populares remedaron llamándole «ponche»). La jornada era amenizada con música, generalmente ejecutada en piano de cola o vertical, que pasó a ser un elemento representativo del rango social y el símbolo por antonomasia del buen gusto. El Museo conserva uno vertical (n.º inv. MR D-315), fabricado en Bruselas con madera, género, fierro y bronce por la Maison Günther, una de las más importantes de Europa. Con Henri Günther como representante y distribuidor en el país, la firma exportó a Chile más de 600 instrumentos entre 1848 y 1900 (Haine y Meeù, 1986, pp. 199-200).

Entre la música que amenizaba las reuniones en «casa de familia» estaba ampliamente difundida la zamacueca «de salón», con piezas compuestas «directamente para ser cantadas o bailadas en aquel espacio social, editadas en partituras para su ejecución al piano» (Jordán, Izquierdo y Torres, 2019, p. 32).

Asimismo, los gustos aprehendidos por la élite y su demanda de bienes suntuarios atrajo a la ciudad a muchos artistas chilenos y extranjeros, quienes satisfacían la demanda por objetos y vestimenta de lujo. Según el censo de

1865, entre ellos se avecindaron en Copiapó 59 músicos chilenos, un ruso, un español y un argentino; 38 plateros chilenos y 10 argentinos; 9 relojeros chilenos, 3 franceses, 2 suizos y un inglés; 2 joyeros italianos y un francés; un escultor italiano y 3 franceses; un retratista ecuatoriano y uno boliviano; 2 fotógrafos italianos y uno francés; un loco italiano y un dorador inglés; 3 tapiceros argentinos; 9 carpinteros ingleses, 4 italianos, uno holandés y 47 argentinos; 3 tapiceros españoles; y 243 sastres chilenos, 21 argentinos, 2 peruanos y un francés, más 2 modistas también francesas. La oferta se complementaba con cocineros asiáticos, sirvientes ingleses, cocineros franceses e ingleses, y cerveceros alemanes. Estos evidenciaban las prebendas en el comercio y la minería de las que disfrutaba la élite, cuyas actividades sociales se extendían al Club Constituyente de Chañarillo o al Club Copiapó y se desarrollaban también en funciones de teatro y de la filarmónica que, inaccesibles para quienes carecían de dinero, se llevaban a cabo en el Teatro Municipal de la ciudad (fig. 7) —ejemplo de ellas fue el concierto de despedida de Chile del músico José Whiteel 24 de enero de 1879 (Merino, 1990, p. 65-113)—.



Figura 7. Teatro de Copiapó después del terremoto de 1922. Colección Museo Regional de Atacama.

La sociabilidad popular: entre la mina, el rancho y la chingana

En las antípodas sociales y económicas de la élite copiapina se encontraban miles de mineros, cuya sociabilidad se desarrollaba cotidianamente en el trabajo desde temprana edad y con duras jornadas⁵.

La faena constaba de a lo menos tres espacios productivos importantes. En el fondo trabajaban los barreteros y peones con sus instrumentos, que incluían combos de diferentes tamaños, palas y lámparas de aceite⁶ con que escasamente se alumbraban. En minas más pequeñas, con menor tecnología, los apires trasladaban el material en piezas de arrastre o lo subían a la superficie

⁵ Aunque existen datos de mujeres en algunas faenas, su participación era marginal (aunque en la placilla ciertamente aumentaba la presencia femenina) y, hasta la actualidad, se mantiene poco investigada.

⁶ En la exposición permanente del Museo Regional de Atacama existen tres de estos elementos (n.º inv. 98.350, 98.346 y 98.234).

en cachos a su espalda por escaleras llamadas «de patilla»⁷. En faenas de mayor envergadura y configuración horizontal se utilizaban rieles, y en las de forma vertical se empleaban dispositivos mecánicos como cabrestantes o malacates. De estos, que funcionaban con tracción animal, vapor o fuerza humana, pendía una cuerda hasta el fondo para subir cargas pesadas de mineral mediante un rodillo o tambor en lo alto del eje.

La segunda fase productiva en los yacimientos se llevaba a cabo en el patio de selección de minerales llamado «cancha de acopio». Una imagen de la mina de Chañarillo (fig. 8), por ejemplo, muestra cómo niños de corta edad fracturaban y seleccionaban allí mineral junto a los rieles que conducían a la bocamina. Al fondo de la fotografía se observa la chimenea de una fundición, y destacan en la escena los supervisores, cuya vestimenta de riguroso negro contrasta con los andrajos de los niños-mineros y de los trabajadores mayores, quienes se protegían del sol con un simple sombrero.



Figura 8. Trabajadores en Chañarillo, c. 1860. Colección Museo Regional de Atacama.

La labor extractiva terminaba en la fundición, donde los minerales se convertían en barras y eran posteriormente enviados en tren al puerto de Caldera para cargarlos a bordo de navíos extranjeros hacia mercados internacionales.

⁷ Ver las piezas n.ºs inv. 02-238 y 02-239.

La sociabilidad del mundo minero se desarrollaba en chinganas y placillas. Cuando no habitaban en los arrabales de la periferia urbana, los trabajadores se avecindaban en estas, que, cercanas a los yacimientos del Norte Chico –entre ellas, las placillas de La Ligua, Chañarillo, Tres Puntas, La Higuera y Carrizal (Mellafe y Salinas, 1988; Pinto, 1991, 1998; Illanes, 2003; Palma, 2004; Godoy, 2009, 2014 y 2017)–, se generaron durante la Colonia en oposición a la plaza oficial.

Las placillas continuaron hasta mediados del siglo XIX, aunque el descontrol de las primeras fue regulado por una presencia mayor del Estado en las que se crearon durante la posterior expansión hacia el desierto de Atacama; fue el caso en las de Cachinal de La Sierra, Esmeralda y Aguada de Cachinal, diseñadas por funcionarios estatales según la matriz del damero, a partir de la cual se dispusieron asimismo los despachos y los sitios para habitación.

Los mineros bajaban a la placilla después de la faena. Si esta estaba cerca, lo hacían a diario, y durante el asueto –con el dinero logrado en las extensas jornadas– en caso de que la lejanía los obligara a permanecer en el campamento. Treutler comentaba que Chañarillo era similar a Tres Puntas, con una plaza donde escaseaba el verde y predominaba el terroso color del polvo nortino. Por todas partes «había en las calles tanta basura, especialmente ropa sucia, cráneos de vacunos, botellas quebradas, perros muertos, etc., que producía asco. También aquí los mineros vivían en las minas y desde el sábado en la tarde hasta el lunes en la mañana el pueblo era invadido por millares de ellos. Entonces, había música y canto en casi todas las viviendas, se tomaba y jugaba

en exceso, hasta que se derrochaba todo el dinero ganado con tanto esfuerzo» (Treutler, 1958).

Los miles de trabajadores que vivían –o, más bien, sobrevivían– en las placillas y en la ciudad solían asistir a la chingana (fig. 9), suerte de taberna popular con alcohol, comidas, canto y baile sumamente difundida como espacio de sociabilidad popular decimonónica⁸. Allí olvidaban



Figura 9. Chingana en el mineral de Tres Puntas. En Treutler (1958). Colección Museo Regional de Atacama.

⁸ Según las *Matrículas de chingana* de 1844 (Archivo Nacional Histórico, Intendencia de Atacama, vol. 53, s. f.), la ciudad de Copiapó concentraba 67 de las 135 chinganas que funcionaron ese año en toda la provincia de Atacama –número que obviamente aumentó con el apogeo poblacional–.

la carga laboral que los asediaba cotidianamente y celebraban volcando su desenfreno. La oferta de entretenimientos consistía en alcohol, música, mujeres y juego de bolas; una sucesión que conducía de la fiesta a la borrachera y, en múltiples ocasiones, a la violencia, con puñetazos al inicio y el blandir del temido corvo atacameño al final. «Es gracioso entrar a una de estas casas en Copiapó. En ellas se baila, como se canta en un tablado, por tres o cuatro personas a lo más que son las que forman el espectáculo, estando el resto, que nunca bajan de 200 personas de espectadores, bebiendo, aplaudiendo a los que bailan y poniéndose cuffifos [borrachos], como vulgarmente se dice», comentaba Treutler (*El Copiapino*, 2 de julio de 1947).

Los objetos predominantes en la Sala de la Minería del Museo Regional de Atacama son, principalmente, restos de las herramientas de trabajo en los yacimientos. Ello, sin embargo, no se debe a una decisión ex profeso de circunscribir los testimonios de la vida de los obreros a su espacio laboral, sino a los escasos vestigios de su cotidiano, pues sus precarias moradas fueron ya abandonadas por el broceo y cierre de la veta que las sustentaba, ya quemadas intencionalmente por orden de los empresarios mineros debido a que representaban el descontrol⁹. Así, la memoria de sus gustos y *modus vivendi* se representa sobre todo en cajas de cigarrillos, alimentos, botellas de vino, cerveza y alcohol, silbatos¹⁰, yesqueros usados como encendedores¹¹, recipientes¹² y coloridas faltriqueras o tabaqueras en tela bordada¹³ (fig. 10) rescatados por la arqueología histórica en antiguos basurales.



Figura 10. Faltriquera. Museo Regional de Atacama, Colección Escuela de Minas, n.º inv. 01.235. Fotografía de Felipe Farah.

⁹ Así ocurrió, por ejemplo, en Chañarillo, Cachinal de La Sierra y Caracoles (Godoy 2018, p. 113; Salazar, 2009, p. 713).

¹⁰ Ver piezas n.º inv. 01.229, 01.228, 16.02, y 16.03.

¹¹ Ver pieza n.º 01.226.

¹² Ver pieza n.º 98.173.

¹³ Ver pieza n.º 01.235.

Conclusión

En el Museo Regional de Atacama, los elementos que recrean un salón del siglo XIX y la Sala de la Minería permiten analizar la sociedad copiapina del período. Ambos espacios representan el contrapunto de una sociedad que enfrentaba un proceso de transformación y modernización marcado por la forma en que los extremos asumían la cotidianeidad. El suntuoso mobiliario de caoba y mármol del recinto que reproduce el salón decimonónico evocan el lugar donde departían los comerciantes o dueños de minas de la élite local, exhibiendo conductas afrancesadas y acompañados por el piano y el canto de voces femeninas. Dicha realidad está en las antípodas de la cotidianeidad que se desprende de la Sala de la Minería, retratada principalmente con objetos de trabajo –entre otros, lámparas, combos, puntos, cinceles y palas–, paquetes de cigarrillos y botellas vacías, pues precisamente la precariedad de las viviendas de los trabajadores y sus familias, carentes de mobiliario sofisticado o de valor, limitó los vestigios de estos a su vida laboral.

La falta de documentos para ilustrar el cotidiano de los sectores populares lleva a concebir la chingana y las fiestas religiosas como espacios relevantes de sociabilidad. Estas últimas fueron gravitantes, pues articulaban importantes circuitos festivos anuales. Con sus familias, los trabajadores asistían en romería a estas celebraciones –entre las que destacaban la de La Candelaria en Copiapó y la de Andacollo en las cercanías de La Serena– y participaban en la vernácula danza de chinos para adorar a su virgen, conocida como «La Chinita».

Por último, ambas salas reflejan las paradójicas realidades de estos grupos sociales, cuyas vidas estaban marcadas por el contrapunto económico y la manera en que ambos se relacionaban con la minería. Para los sectores populares, dicha actividad significó la supervivencia mínima; en cambio, sustentó los privilegios de la élite que, gracias a sus yacimientos, reunió importantes fortunas, sofisticó sus relaciones sociales, creó instituciones de expresión cultural como el teatro, participó en política, formó a sus hijos en el Liceo de Copiapó –que amplió paulatinamente su cobertura social– y trasladó a algunos de ellos a la capital.

Referencias

- Ágreda, A. (2013). Entelar el muro: los revestimientos textiles en la arquitectura occidental. En C. Gómez, *Sobre el color en el acabado de la arquitectura histórica* (p. 297). Zaragoza: Ed. Prensas Universitarias de Zaragoza.

- Andreu y Guerrero, R. (15 de abril de 1803). *Informe del doctrinero de Paposo* (Madrid). Archivo General de Indias, Chile, 467, fs. 2. Citado en M. Godoy O. (2019), Configuración estatal y económico-social de un espacio productivo minero en Chile: Taltal, 1870-1930, *Estudios Atacameños*, (62).
- Archivo Nacional. (1953). *Censo de 1813 levantado por don Juan Egaña*. Santiago: Imprenta Chile.
- Burke, P. (1996). *Venecia y Ámsterdam. Estudio sobre las élites del siglo XVII*. Barcelona: Gedisa.
- Censo general de 1865. Censo general de la República de Chile: levantado el 19 de abril de 1865*. (1866). Santiago: Imprenta Nacional.
- Censo general de 1875. Quinto censo general de la población de Chile: levantado el 19 de abril de 1875*. (1876). Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- Censo general de 1885. Sexto censo general de la población de Chile: levantado el 26 de noviembre de 1885*. (1889). Valparaíso: Impr. de la Patria.
- El Copiapino* (Copiapó). (2 de julio de 1847).
- Darwin, C. (2009). *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Madrid: Akal.
- El Eco del Norte* (Copiapó). (24 de septiembre de 1855).
- Galdames, L. (1937). *Valentín Letelier y su obra: 1852-1919*. Santiago: Imp. Universitaria.
- Godoy Orellana, M. (2017). *Mundo minero y sociabilidad popular en el Norte Chico. Chile, 1780-1900*. Santiago: Mutante Editores.
- Godoy Orellana, M. (2018) *La puerta del desierto: Estado y región en Atacama. Taltal, 1850-1900*. Santiago: Mutante Editores.
- Godoy Orellana, M. (2009). *Fiestas, carnaval y disciplinamiento cultural en el Norte Chico, 1840-1900*. (Tesis doctoral inédita). Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Haine, M. y Meeù, N. (1986). *Dictionnaire des facteurs d'instruments de musique en Wallonie et à Bruxelles du 9e siècle à nos jours*. Bruselas: Pierre Mardaga.
- Illanes, M. A. (2003). *Chile des-centrado: formación socio-cultural republicana y transición capitalista 1810-1910*. Santiago de Chile: LOM.
- Jordán, L., Izquierdo, J. M. y Torres, R. (2019). Zamacuecas de papel: Interrogando un baile decimonónico desde la partitura. *Latin American Music Review*, 40(1), 32-58. <https://doi.org/10.7560/LAMR40102>
- Mellafe, R. y Salinas, R. (1988). *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual. La Ligua, 1700-1850*, Santiago: Ed. Universidad de Chile.
- Merino, L. (1990). Repercusiones nacionales e internacionales de la visita a Chile de José White. *Revista Musical Chilena*, 44(173), 65-113.

- Palma, D. (2004). Historia de cangalleros. La sociedad minera y el robo en Atacama, 1830-1870. En M. Fernández *et al.*, *Arriba quemando el sol. Estudios de historia social chilena: revuelta y autonomía (1830-1940)*. Santiago: LOM.
- Philippi, R. (1860). *Viaje al desierto de Atacama*. Halle: Librería de Eduardo Antón.
- Pinto Rodríguez, J. (1991). Tras la huella de los paraísos artificiales. Mineros y campesinos en Copiapó, 1700-1850. *Proposiciones*, (20), 232-247.
- Pinto Rodríguez, J. (1998). Iquique, diciembre de 1907. La última placilla. En VV. AA., *A 90 años de los sucesos de Santa María de Iquique* (pp. 247-257). Santiago: LOM.
- El Pueblo* (Copiapó). (12 de febrero de 1851).
- El Pueblo* (Copiapó). (8 de septiembre de 1852).
- RAE. Real Academia Española. (1803). *Diccionario de la lengua castellana*. Madrid.
- Salazar, G. (2000). *Labradores, peones y proletarios*. Santiago: LOM.
- Salazar, G. (2009). *Mercaderes, empresarios y capitalistas: Chile, siglo XIX*. Santiago: Ed. Sudamericana.
- Sayago, C. M. (1874). *Historia de Copiapó*. Copiapó: Imp. El Atacama.
- Simonin, L. (1869). *Mines and miners - La vie soutteraine ou les mines et les mineurs*. París: Libraire Hachette.
- Treutler, P. (1958). *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*. Santiago: Ed. del Pacífico.
- Vallejo, J. J. (1878). *Colección de los artículos de José Joaquín vallejo, publicados en varios periódicos bajo el seudónimo de «Jotabeche», 1941-1947*. Valparaíso: Imp. del Deber.
- Vicuña Mackenna, B. (1882). *El libro de la plata*. Santiago: Imp. Cervantes.
- La Voz del Norte* (Copiapó). (24 de septiembre de 1855).